

RESEÑAS

***Anarchivismo.
Tecnologías políticas del archivo,
de Andrés Maximiliano Tello
(2018)***

Por Yael Natalia Tejero Yosovitch

Universidad de Buenos Aires / Universidad Nacional de Tres de Febrero

Licenciada en Letras por la Universidad de Buenos Aires, becaria doctoral de CONICET en el Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas “Dr. Amado Alonso” (FFyL, UBA) y docente de la Universidad Nacional Arturo Jauretche.

Contacto: yael.tejero@gmail.com

Los archivos se han convertido en una preocupación interdisciplinaria desde diversas latitudes. Andrés M. Tello, sociólogo, doctor en Filosofía y académico de la Universidad de Playa Ancha, publica en 2018 su ensayo *Anarchivismo. Tecnologías políticas del archivo*, con el cual se inserta en el debate. La obra ofrece un andamiaje teórico que permite integrar las nociones clásicas de la tradición archivística con, por un lado, los enfoques que Michel Foucault y Jacques Derrida ofrecen de la noción de archivo; por otro lado, con las concepciones del aparato estatal que aportan Gilles Deleuze y Félix Guattari, y finalmente, con las condiciones tecnológicas actuales que quedaron fuera de los análisis de estos filósofos ya canónicos.

No es la primera vez que Andrés M. Tello construye este tipo de articulaciones. Su labor como editor de *Gobierno y desacuerdo. Diálogos interrumpidos entre Foucault y Rancière* (Comunes, Viña del Mar, 2016), compila un conjunto de trabajos de diversos autores (entre ellos, el propio Jacques Rancière), donde se analiza la obra de este filósofo francés contemporáneo como tributaria de la obra de Foucault y se propone una lectura rancièriana de este último. También editó, junto con Raúl Rodríguez Freire, el libro *Descampado. Ensayos sobre las contiendas universitarias* (Sangría, Santiago de Chile, 2012), que retoma los movimientos estudiantiles desde una perspectiva teórica, a partir de una revisión histórica con énfasis en los efectos de la dictadura y la consolidación del modelo neoliberal. También intenta abrir alternativas para la construcción común y la cooperación social, entendiendo a la institución universitaria como espacio de luchas políticas. Esta compilación ofrece un conjunto de capítulos de lectura obligada para comprender algunos de los procesos sociales que eclosionaron en las recientes manifestaciones de la sociedad chilena. Tello también ha sido co-editor de *Subversión Foucault. Apropiaciones teórico-políticas desde el sur* (2018) y autor de *Capital algoritmo. El gobierno de la vida en la época de la Big Data*, actualmente en prensa.

Uno de los objetivos de *Anarchivismo* es analizar los movimientos que desestabilizan toda quimera de “ordenamiento orgánico de los registros y regímenes sensoriales que delimitan los modos de vida en un espacio-tiempo determinado” (10). Las herramientas de cuantificación y almacenamiento de información sobre nuestra vida cotidiana, que han tenido un crecimiento exponencial, brindan condiciones muy específicas para repensar la noción de archivo. Por eso, el concepto acuñado por la disciplina archivística en el siglo XIX ya no es suficiente para analizar las dimensiones políticas, económicas, culturales, históricas y tecnológicas de lo que hoy denominamos “archivo”¹.

Contrariamente al enfoque archivístico tradicional, Tello entiende el archivo como...

una superficie de registro extendida en el conjunto del cuerpo social, que supone la articulación de diferentes procedimientos, técnicas y prácticas sociales; un conjunto variable de operaciones de clasificación y diferenciación jerárquica de los registros, tecnologías de selección y exclusión de inscripciones, que son fundamentales para los modos de organización social dados bajo las formaciones sociales que llamamos Estados (62).

Es decir que la máquina del archivo no funciona únicamente en el “edificio” destinado a depositar los documentos, sino que es una máquina social que opera en el ordenamiento jerárquico de los registros de la producción social y se constituye a partir de una articulación de diferentes “cuerpos, prácticas, técnicas y funciones enunciativas en un momento dado, suponiendo la configuración de todo un régimen sensible” (62). La formación de esta máquina social no es ni puede ser concluyente, puesto que la naturaleza del archivo es inacabada: “funciona como una máquina maquina” (62)².

¹ En parte porque esta noción está presente en un variado conjunto de prácticas cotidianas: “en el funcionamiento de las telecomunicaciones y las redes informáticas; en los usos de nuestros dispositivos móviles; en las extensiones del aparato jurídico-legal; en los nuevos mecanismos de vigilancia y seguridad; en la gestión de instituciones gubernamentales y privadas; en el funcionamiento de la banca y el capital financiero internacional; en los distintos organismos de investigación y producción de conocimiento; e incluso, en la misma composición genética de la especie, mediante los bancos de ADN y los avances de la biotecnología” (10).

² En esta línea, Tello se remite a las palabras de Deleuze y Guattari: “Nosotros definimos las formaciones sociales *por procesos maquina*, y no por modos de producción (que, por el contrario, dependen de los procesos). Así, las sociedades primitivas se definen por mecanismos de conjuración-anticipación; las sociedades

El llamado “*archival turn*” en ciencias sociales, humanidades y artes indica que el archivo ya no es solo un insumo de la actividad historiográfica sino un eje transversal que propicia el cruce de saberes, prácticas de investigación y cuestionamientos epistemológicos. A pesar de este panorama interdisciplinario, Andrés M. Tello diagnostica una carencia: la falta de un estudio sobre el inédito estatuto filosófico alcanzado por la noción de archivo a lo largo del siglo XX, que tiene un lugar central en los trabajos de Michel Foucault o Jacques Derrida, entre otros. Como ya hemos dicho, este va a ser el punto de partida para construir una articulación entre las nociones historiográficas del archivo y dos líneas filosóficas: por un lado, las concepciones a las que Michel Foucault consagra libros como *Arqueología del saber* (1969) y *Las palabras y las cosas* (1966); por el otro, el trabajo de Jacques Derrida desplegado en toda su obra, de la que se destacan *De la gramatología* (1986) y *Mal de archivo* (1997). La matriz teórica se sustenta en las metáforas “maquínicas” que proponen Gilles Deleuze y Félix Guattari en *Mil Mesetas* (1980). Estas articulaciones le permiten a Tello ocuparse del propósito central: aquello que estremece las “ensoñaciones archivísticas” en toda época pensada como tal. Es esto, nada menos, lo que el autor denomina “anarchivismo”, entendido como un movimiento que atraviesa cambios sociales heterogéneos y experiencias de agitación colectiva. En estas experiencias operan ensamblajes de “cuerpos, afectos y tecnologías que alteran los registros de identidades, posiciones y funciones rotuladas en la máquina social que distribuye la producción general del cuerpo (y los corpus)” sobre la realidad, entendida como superficie de inscripción (8). El anarchivismo contiene la amenaza hacia toda organización del “presente” que toda máquina de gobierno pretende instalar u operar; “altera los principios de legitimidad resguardados y dispuestos socialmente por clasificaciones institucionales y mediante tecnologías de registro cotidianas de los cuerpos, sus rutinas y sus afectos” (8).

El capítulo dos, titulado “El *arkhé* estatal”, presenta la figura del arconte como custodia de los registros, una función importante para comprender el lugar privilegiado que le corresponde a la máquina del archivo en el devenir histórico de las

con Estado se definen por aparatos de captura; las sociedades urbanas, por los instrumentos de polarización; las sociedades nómadas, por máquinas de guerra; por último, las organizaciones internacionales, o más bien ecuménicas, se definen porque engloban formaciones sociales heterogéneas” (2004: 442).

formaciones sociales. A través de esta figura y de la noción de “máquina de archivo”, será posible analizar la configuración histórica del aparato estatal, la clase dirigente que concentra el poder y el funcionamiento de un conjunto variable de tecnologías de administración de los registros y de ordenamiento de corpus documentales sobre lo enunciable y lo visible en un espacio-tiempo determinado. Tello ilustra esta lógica a través de casos tan distantes como las tablillas sumerias y las tecnologías criptográficas del Pentágono.

Siguiendo la lectura maquínica de la sociedad que encuentra en *Mil mesetas*, Andrés M. Tello se refiere al mecanismo de cooptación por parte del Estado a través de los acoplamientos específicos entre funciones estatales y máquinas de archivo, donde aparecen dos funciones principales: el establecimiento de un origen y el orden de los registros en la superficie social. Tal como advierte Derrida, el funcionamiento maquínico del archivo coincide históricamente con el doble sentido del término griego “*arkhé*”: por un lado, la disposición de un principio histórico, físico y natural; y por el otro, el ejercicio de un mandato (o principio del *nomos*)³. El *arkhé* se expresa en el ordenamiento que la máquina social del archivo produce en los registros. Este ordenamiento y la gestión de las inscripciones establecen una secuencia temporal que explica el origen de diversas dimensiones de la realidad y expresa una dimensión mítica instauradora de derecho. Existe una violencia archivadora en el establecimiento del *arkhé* en su doble sentido: la disposición del principio “natural” o “histórico” y el comienzo del mandato, que nos remite a su principio nomológico⁴. El origen nunca cesa de comenzar ni de gobernar y mandar lo que ha iniciado. Ejemplos de distintos momentos de la historia demuestran que en los archivos se cumple la función básica de organizar el registro de las actividades económicas, legales y religiosas. Así, el doble principio del *arkhé* se convierte en un doble principio del Estado: gracias a su acoplamiento con la máquina social del archivo se hace posible toda formación estatal.

³ Siguiendo la filosofía de *Mil mesetas*, el devenir, la transformación, el nexo, son ese acoplamiento que sólo es posible pensar en proceso. Las variaciones del acoplamiento maquínico entre Estado y archivo alterarán también los regímenes sensibles derivados del *arkhé* y el *nomos*, entendidos como *comienzo* y *mandato* (Cfr. 52).

⁴ Andrés M. Tello aclara los múltiples significados de *nomos*: apropiación, partir y repartir, apacentar. Es una noción que designa el dictamen de la medida original, tanto de lo que es legítimo como de aquello que otorga sentido a la ley (Cfr. 56).

El trabajo de Andrés M. Tello ejerce la voluntad de deponer la mirada eurocéntrica con respecto al lugar de la máquina social del archivo en las formaciones estatales. Si la escritura fonética fue tomada como índice civilizatorio, esto revela la posición occidental y limitada que ha tenido el análisis de los estados arcaicos en África, Polinesia y las Américas. Las sociedades antiguas en estas regiones no contaban con un sistema de escritura tradicional, pero desplegaron una superficie de registro para su organización económica, política y social: una máquina social del archivo. Articulada al Imperio Incaico, por ejemplo, esta máquina se desarrolló a través de los *quipus*, que permitían registrar censos de la población, balance de las cosechas, sucesos históricos y tradiciones. En otras palabras, la máquina social del *arkhé* surge con la apropiación de tierras por parte de un grupo social, la distribución del territorio entre sus integrantes y el apacentamiento de los recursos⁵. Pero una vez que los asentamientos humanos alcanzan cierto nivel de complejidad organizacional y de estructura jerárquica, comienzan a requerir una administración más compleja donde la producción y la custodia de los registros asume una función que legitima las instituciones imperantes y garantiza su funcionamiento social. La conformación de los archivos muta a la vez que emergen otros grandes imperios arcaicos: babilónicos, asirios e hititas, formaciones que tal como sostiene Ernst Posner en *Archives in the Ancient World* (1972), jamás hubiesen podido funcionar sin un almacenamiento y una administración eficiente de los distintos tipos de registros (comerciales, tributarios, gubernamentales, jurídicos, diplomáticos, religiosos o literarios).

La tesis de *Anarchivismo* con respecto al funcionamiento del doble principio de la máquina social del archivo es que no hay una conformación del *arkhé* exenta de una operación activa de exclusión de las huellas ni de una violencia archivadora que se manifiesta en modalidades de eliminación selectiva de inscripciones o, incluso, en una destrucción planificada o eventual de los registros. Por eso también se trata de la manifestación de aquella violencia mítica que está presente en la instauración del

⁵ “Si los primeros depósitos documentales se conforman junto a los Estados e Imperios arcaicos, es porque entre sus funciones básicas destacan: complementar la administración de las operaciones económicas, permitir un monitoreo de diversas actividades sociales y registrar relaciones políticas de creciente complejidad en los primeros centros urbanos. Dichas funciones resultan fundamentales para el despliegue de la formación social del Estado, y en ese sentido, el acoplamiento de esta última con una máquina de archivo parece inexorable” (59).

archivo mismo. Sobre este aspecto del trabajo de Tello, Daniel Link sostiene que el anarchivo reproduce el gesto de anarquismo, en lo que respecta a la impugnación de los mandatos y los orígenes: “Lo que subraya es la desconfianza que deberíamos sostener ante los nombres (o las categorías), que son tecnologías de disciplinamiento” (2019: 28).

La violencia del archivo, o lo que Tello llama “poder arcontico”, siempre supone un esfuerzo por determinar lo ilimitado a partir del doble principio en la formación de un corpus. A través del funcionamiento de la máquina social del archivo se definen los parámetros en los que se desarrollan las actividades colectivas; se configuran en el archivo diferentes formas de regulación de prácticas discursivas. La organización del archivo y su clasificación jerárquica nunca es igual a lo largo del tiempo, “pues la máquina social varía su funcionamiento estratégico y las formas de sus articulaciones de acuerdo a la irrupción impredecible de los acontecimientos” (63-64).

En la línea de Foucault, Tello afirma que el archivo es un *a priori histórico*: es allí donde se busca dar coherencia a la historia, eliminando todo aquello que altere la narrativa propuesta por la organización de los documentos, objetos o inscripciones. Más allá de sus cambios, el archivo tiende a establecer el doble principio del que deriva el ordenamiento de los registros que resguarda. Cada nueva configuración se instaura mediante una “violencia archivadora” y en esto resuena el clásico texto de Walter Benjamin “Para una crítica de la violencia” (1921). Este fenómeno se verifica en los relatos sobre los orígenes humanos y su justificación en las estructuras de poder que cimentaron los Estados e Imperios antiguos pero también en las máquinas estatales modernas (por ejemplo, en la teleología del progreso). La máquina social del archivo, además, no solo resguarda elementos de carácter heterogéneo sino que también establece la naturaleza de la conjunción entre esos elementos, a menudo inconexos. Para eso (y para legitimarlos), cuenta con cuatro mecanismos fundamentales: “un principio de ordenación o jerarquización de los objetos y signos congregados; dispositivos de clasificación que varían de acuerdo al principio anterior, mecanismos de valorización de su acervo y aparatos de control para su acceso y su exhibición” (65).

Anarchivismo otorga un lugar especial al primer archivo estatal moderno, el de Simancas, fundado en 1540 por Carlos V

para albergar los documentos del naciente imperio. La expansión de la máquina imperial en el “Nuevo Mundo” supone, para la Corona Española, un incremento de registro y de producción de documentos derivados de sus múltiples organismos burocráticos. El Archivo de Simancas es expresión de nuevos acoplamientos entre la máquina social del archivo y la máquina estatal-imperial: “A partir de funcionamiento maquínico opera una voluntad de identificación, selección, clasificación y jerarquización de los cuerpos, los signos y los afectos de los nuevos territorios sobre los que se extiende el imperio” (67). El acontecimiento de América conduce a un cambio en la política occidental en el poder soberano (que incorpora en sus cálculos la vida de la nueva población indígena) y en su forma de gobierno (sustentada en un nuevo principio racial y en la categorización “superior/inferior”). Tello observa en esta transformación el surgimiento de una “bio-colonialidad de poder”. El gobierno del Nuevo Mundo será el presupuesto necesario de la posterior configuración biopolítica descrita por Foucault a propósito de las sociedades occidentales del siglo XVIII y XIX (Cfr. 68-70).

El capítulo III, “Inscripción y tecnologías del archivo”, aborda la diferencia entre inscripción y registro: la máquina social del archivo administra la superficie de inscripción que llamamos “mundo”, constituyendo el registro donde sus marcas son distribuidas y clasificadas. Este punto de partida habilita al autor a realizar un repaso del modo en que Derrida deconstruye la metafísica de la presencia, para finalmente afirmar que la deconstrucción traza la continuidad del *nomos* del *arkhé* en cualquier tipo de formación social.

En los abordajes de la materialidad de la huella y el soporte de los registros, ni Foucault ni Derrida han contemplado las mutaciones recientes de la tecnología de archivación. El capítulo IV, “Debajo del archivo”, trabaja esta cuestión insoslayable. Tello recalca en los aportes de Friedrich Kittler, referente de la denominada “arqueología de medios”, un campo de estudios interdisciplinarios que impugna el mito del progreso lineal de los medios de comunicación. Esta disciplina aborda los “nuevos medios” del pasado para comprender su presencia en los medios de hoy y rescatar las contrahistorias de esas voces olvidadas de la historia (Cfr. Vilar, 2018). Conviven en esta noción de arqueología tanto su definición como historia de la cultura basada en exhumar e investigar artefactos del pasado para recons-

truirlo, como su sentido foucaulteano: el análisis de las condiciones de posibilidad de los enunciados y la descripción sistemática de los discursos como prácticas sometidas a reglas. Este condicionamiento recíproco entre materialidad y discurso, que la arqueología de medios refuerza, está presente en la perspectiva mediante la cual Andrés M. Tello analiza los acoplamientos de la máquina social del archivo y el aparato estatal. Tanto el proyecto de la gramatología como los abordajes foucaultianos del archivo deben hacerse teniendo en cuenta los cambios experimentados por las máquinas de escritura informática. Kittler sostiene que la materialidad del hardware altera y determina la escritura y la programación del software (lo cual supone una actualización de la tesis de Marshall McLuhan: “el medio es el mensaje”). Se produce entonces una nueva disposición de las relaciones de poder a partir de los lenguajes de programación y encriptación informática.

El capítulo V, “Registros espectrales”, propone una distinción entre las nociones de memoria y archivo. Se establece aquí una analogía entre los filósofos que pensaban la memoria a partir de archivos de antiguos imperios y los neurocientíficos que la piensan en relación a los archivos digitales. El examen de esta cuestión conduce a Tello a afirmar que “toda evocación de una impresión pretérita implica un proceso de reelaboración creativa” (175) que lleva consigo la distorsión de los registros. La memoria es una dislocación de las figuras almacenadas en el archivo; por eso, el ejercicio de la memoria es siempre anarquivista (178). El Capítulo VI, titulado “Capitalismo arcóntico”, señala que las empresas más poderosas son, actualmente, aquellas cuya actividad implica la acumulación de Big Data. Esto impone un análisis genealógico de las máquinas sociales y la transformación de sus tecnologías, que permita apreciar el protagonismo de los registros no como una mera novedad en los procesos de producción, sino como una variación específica en los acoplamientos entre archivo, aparato estatal y máquina capitalista, cuyo resultado es una formación que Tello denomina, precisamente, capitalismo arcóntico.

El caso más elocuente que este ensayo recoge es el destino de la última imagen de Salvador Allende con vida durante el golpe de Estado que lo derrocó en 1973. Publicado en el *New York Times*, premiado por la World Press Photo y comercializado por Getty Images, el documento es actualmente propiedad

de Visual China Group, que exige una cuantiosa suma en dólares por su uso o adquisición. Este dato estremecedor abre el último capítulo, titulado “Máquinas anarquistas”, donde se ilustra el funcionamiento del capitalismo arcóntico: salvaguarda el acervo y, paradójicamente, mantiene el acceso vedado. Por otro lado, esta parte también expone la verdadera función de los aparatos represivos. Siguiendo a Rancière, Tello afirma que es un error restringir la función de la policía a los mecanismos de coerción y seguridad básicos; sino que se trata de la organización de los cuerpos y las funciones en el espacio común. En efecto, según los aportes del trabajo colectivo publicado en *Gobierno y desacuerdo*, la política no debe confundirse con los dispositivos de saber-poder de Foucault y tampoco con relaciones de fuerza. Se trata más bien de una ruptura específica de la lógica del *arkhé* (de todo mandato, comienzo o fundamento). Rancière intenta disociar el pensamiento de lo político del pensamiento del poder, puesto que el primero es el encuentro de dos lógicas opuestas o heterogéneas, la “policial” y la “política”. Esta última se constituye en ruptura con la lógica policial, haciendo así visible la contingencia del orden. Ese orden no es otra cosa que los registros e inscripciones operados por la máquina social del archivo. No es posible mantener el ordenamiento social sin el archivo que lo respalda.

En un presente de capitalismo arcóntico, donde las empresas más poderosas son “dueñas” de la inconmensurable cantidad de información que producimos, son necesarias otras formas de rebelión, conscientes de los acoplamientos que el aparato estatal y la máquina capitalista ejercen sobre la máquina social del archivo. Por eso, el autor exhorta a los lectores a pensar en la posibilidad de apropiación de las tecnologías de registro que permitan ensamblar las prácticas colectivas heterogéneas de las máquinas anarquistas y la emergencia de modos de subjetivación política que hagan posible un proyecto emancipatorio.

BIBLIOGRAFÍA

DELEUZE, GILLES Y FÉLIX GUATTARI. *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-textos, 2004.

LINK, DANIEL. “Bien de archivo”. En *Actas de las III Jornadas de discusión / II Congreso Internacional. Archivos personales en transición, de lo privado a lo público, de lo analógico a lo digital*. Buenos Aires: CEDINCI, 2019. Recuperado de <http://jornadasarchivos.cedinci.org/wp-content/uploads/2019/11/Actas-archivos-personales-en-transicion-2019.pdf>

TELLO, ANDRÉS M. *Anarchivismo. Tecnologías políticas del archivo*. Adrogué: La Cebra, 2018.

VILAR, MARIANO. “*In medias res*. Presentación del N° 38: Arqueología de Medios”, *Revista Luthor*, núm. 38, 2018. Recuperado de: <http://www.revistaluthor.com.ar/spip.php?article200>.